

## ***Confrontarse a los próximos***

¿Qué impulsa a oír o leer testimonios? ¿Por qué la gente los escribe o los relata? Las respuestas a estas preguntas son diferentes pero tienen que ser complementarias puesto que si alguien dice, lo hace desde la expectativa de ser escuchado o leído. De la misma manera, si alguien lee o escucha es porque le interesa compartir una experiencia, por cualquier razón. Concentrémonos, primero, en el lector u oyente. «Eso» que lleva a interesarse en los otros no es ni único ni simple; ese «algo» es variado y multiforme. Y, además, resulta que intimida. Es tan diverso, complejo e inquietante que enfrentarse a él, analizarlo, despierta ansiedad. En realidad hay una suerte de tabú que nos inhibe de escuchar/leer/pensar testimonios. Algo así como un aviso que nos dice: ¡mejor no sigas porque es peligroso! En efecto, muchos cuestionamientos irrumpen en nuestra mente. ¿No será una curiosa morbosidad la que nos lleva a querer enterarnos de las intimidades del prójimo? ¿No nos estamos aprovechando de la fragilidad de una persona para inmiscuirnos en aquello que no nos corresponde? ¿No será que el deseo que nos impulsa a saber de las desgracias ajenas es el desarrollar un sentimiento de piedad que nos persuade de ser almas bellas? O, peor aún, ¿no será que «eso» sea el goce perverso de los victimarios con quienes —acaso sin querer— nos identificamos? Las dudas son variadas y preocupantes. Sucede que la experiencia ajena nos alcanza de lleno y no sabemos cómo reaccionar «legítimamente». Entonces la mayoría de la gente opta por no «complicarse» y rechaza la posibilidad de inculparse. No quiere saber porque no quiere perturbarse. ¿Y qué pasa entonces con los que sí leemos y oímos testimonios? ¿Somos sádicos o masoquistas? ¿Éticos magnánimos o hipócritas falsarios? O simplemente nos quedamos inciertos, con un «nudo en la garganta», deseando —quizá— olvidar rápido. En realidad es la expectativa de este «nudo» la que nos desalienta de confrontarnos con nuestros prójimos.

Ahora bien, después de haber sentido muchas veces este «nudo», he llegado a pensar que es un precio que vale la pena pagar siempre y

cuando no nos quedemos pasmados; en la medida en que podamos aclararnos y actuar, pues es mucho lo que podemos ganar exponiéndonos a los otros, a sus desgarramientos, a sus amores y odios. Para empezar, no creo que haya algo así como una «reacción legítima» ante un testimonio. Aunque, de otro lado, pienso que hay reacciones que no me gustaría tener y que trataría de evitar. En realidad, si el testimonio nos conmueve es porque produce dentro de nuestra subjetividad una resonancia que no controlamos, pero con cuyo reflujo de emociones e ideas sí podemos —quizá— razonar y dialogar. Y es que el testimonio apela a todo nuestro ser; a lo mejor y a lo peor que hay dentro de nosotros mismos. Algo así como una perturbación excitante que podemos asumir sin problematizarnos o, también, la fuente posible de un mejor conocimiento de nosotros mismos; un enriquecimiento de nuestra humanidad, digamos. Precisamente estas líneas quieren invitar al lector a una empresa de este tipo. La promesa está, pues, formulada. Pero el camino para llegar a ella no es sencillo. El primer paso es superar el horror y el miedo a la propia miseria o abyección. No somos ángeles, de manera que es inevitable que el sufrimiento de la víctima o el goce del verdugo nos produzca una (vergonzosa) excitación. Nuestra humanidad se ve mermada por esa complicidad obscena. Y esa merma es una tiniebla, una mancha, una culpa. Pero no tendríamos que afectar tanta severidad. Todos tenemos nuestro infierno, nuestro closet (casi) lleno de esqueletos. Entonces hay que atravesar la vergüenza y la culpa. No hay otro camino para llegar al otro. Entonces la culpa y la vergüenza no tienen por qué ser la última palabra. La misma conmoción nos vuelve lábiles, agudiza nuestra sensibilidad. Pero no basta decir: ¡Qué esto no vuelva a suceder! ¡Nunca más! Es necesario interrogarnos por qué sucedió, por qué gente como nosotros puede caer en la abyección del violador-asesino o en la pasividad de la víctima que termina incluso por sentirse culpable de lo que sufrió. Tenemos que extraviarnos en los laberintos de nuestra propia humanidad para reconocer dentro de nosotros mismos la posibilidad y hasta familiaridad con esos personajes. Satanizar es demasiado fácil, es lo opuesto a comprender. En realidad equivale a no aprender, a resistirse a cambiar. Aunque de otro lado comprender no es justificar, tampoco perdonar. Comprender es no deshumanizar, es reconocer en el otro la misma humanidad que palpita dentro de nosotros. El goce del violador supone el desprecio por la vida del otro, pero conlleva un sentimiento de poder y omnipotencia sobre la víctima que debe ser

grato, pues de otra manera no se explicaría la recurrencia de las violaciones. Debemos imaginar esta posibilidad dentro de nosotros mismos. Tener en cuenta las circunstancias sociales que hacen que muchos condesciendan al llamado del goce: usar al otro sin que nos importe su humanidad. En efecto, en medio de la guerra la exacerbación del machismo hace que todas las mujeres sean vistas como disponibles. Parte del botín, recompensa al riesgo, bonificación anticipada por una posible muerte. De manera similar, el goce del torturador y asesino se enraíza muy hondo. Todos sentimos fantasías asesinas, pero solo pocos han estado en la situación de actuarlas impunemente, incluso impulsados y legitimados por una ideología que nos quiere hacer creer que ese asesinato y esa crueldad son parte de un costo necesario para que el bien triunfe; llámese esta democracia o comunismo. Incluso suele ocurrir que en el inicio de su carrera los asesinos y torturadores sean «bautizados», obligados a «ensuciarse las manos». Roto el tabú, puede que el goce de hacer daño termine por levantar todas sus inhibiciones y que haya nacido un (no) hombre que se entregue con abandono al gozo de hacer sufrir.

El lado de la víctima es también seductor. La ferocidad excitante que produce la identificación con el verdugo se troca en la no menos excitante piedad y compasión hacia el torturado. ¡Pobrecita! ¡Qué horror! ¡Cómo puede pasar eso! El calvario de la víctima puede también convocar nuestros deseos de muerte. Compartir un sufrimiento es derroche de bondad, certificación de buena conciencia. Identificarse con el destino del otro puede significar un rechazo de la vida, una condena sin apelaciones de la condición humana. ¡El mundo es una basura, una mierda! Pero aunque se trate de sentimientos «nobles», socialmente legítimos, en realidad no representan una salida. Significan estar dando vueltas en el atolladero. Entonces la piedad y la compasión son parte de la proyección empática hacia el prójimo que sufre, pero no son, sin embargo, una salida. No deberíamos quedarnos allí. La víctima es la persona atrapada en el sufrimiento. No logra trascenderlo y está asediada por el recuerdo, cerrada al goce de existir y al deseo. Su pena nos hace odiar al mundo que la produjo. Puede, entonces, que nos sintamos bien. Pero, insisto, esta empatía consuela pero no endereza. Es poca ayuda. En realidad invita a la víctima a que permanezca en su figura dolorida. En cambio, la indignación y la búsqueda de la justicia se sitúan en el camino de vuelta hacia el goce de vivir. Ayudar a tramitar su rabia, legitimar el odio. Salir de la con-

dición de víctima, de la cárcel de la amargura. Ser nuevamente un agente; alguien capaz de amar, reír, actuar. No solo sufrir. Pero, finalmente, el odio debe ceder al perdón. Solo desde la «altura» del perdón es posible el reencuentro con la enormidad de la vida. En realidad, como dice Giorgio Agamben, el testimonio es la crónica de una supervivencia, es el relato que hace el hombre/mujer sobre el haber sobrevivido una situación límite, inhumanizadora y destructiva. En este sentido, no todos los relatos son testimonios. En algunos de ellos el sujeto no se recupera, su herida está abierta, su dolor lo ha pasmado. Prima la repetición de lo vivido sobre la elaboración de una memoria que permita poner distancia, separarse del pasado; afirmando el presente y sus posibilidades.

Entonces, ¿es inevitable el nudo en la garganta? Y, finalmente, ¿podemos aprender leyendo o escuchando estas historias extraordinarias que son los testimonios? A la primera pregunta respondería que sí, que no podemos escapar de la confusión de sentimientos, del «nudo en la garganta». Pero también respondería que sí a la segunda pregunta. Conocer a los otros es conocerse a sí mismo y viceversa. Como dice Blanca Varela, debemos preferir la sincera desvergüenza al horror pacato. Así podemos sentirnos más cerca de los (nos)otros que cohabitan nuestro mundo. Así también podemos comprender los antagonismos sociales y las construcciones simbólicas perversas (racismo, machismo, fanatismo) que alimentan el odio y la barbarie. Finalmente, podemos admirar genuinamente la lucha contra la barbarie, la fortaleza para escapar de la deshumanización. El saldo es sentirnos más cerca de los otros, es decir, más íntegros.

## II

Los testimonios que a continuación se reproducen resultan de entrevistas; no son, pues, autogenerados. Ello es, a la vez, una necesidad y una limitación. Una limitación porque si bien en todas las entrevistas es palpable la pulsión testimonial, el deseo de contar y compartir, este impulso, sin embargo, tiene que pasar por el filtro del entrevistador, del joven letrado que tiene que entramar los hechos o datos en una historia que sea accesible para todos. La mediación letrada es el canal necesario a través del cual llegamos a las vidas que ahora vamos a compartir. Y también es (casi) inevitable esta mediación porque los sujetos subalternos suelen tener grandes dificultades

para expresarse en el lenguaje escrito. Convertir la experiencia en un relato (escrito) comunicable es mucho más complejo de lo que parece. Exige un ir y venir entre el hecho y el urdimiento de la trama donde este va adquiriendo sentido. Lograr un encadenamiento de los hechos limpio de reiteraciones, capaz de ser entendido por sí mismo. En este sentido, mal haríamos en oponer una supuesta pureza del testimonio oral con un necesario doblez de su versión letrada. El lenguaje escrito tiene reglas que no son fáciles de dominar. Los jóvenes letrados nos han permitido acceder a estas experiencias que nos desafían y enriquecen. Hay en ellos un deseo de fidelidad a la experiencia que ayudan a comunicar. Pero nuestro último agradecimiento tiene que estar dirigido a los propios testimoniante, a aquellas personas que han querido compartir sus vidas con nosotros por el gusto de hacerlo, por la expectativa de compasión, por la esperanza de justicia, por dejar constancia de su triunfo sobre la muerte o, por último, por cualquier otro motivo que se nos escapa.

### III

Los testimonios aquí presentados tienen un indudable valor histórico. En el caso del Perú de la época de la barbarie no se cumple el dictum del historiador Pierre Nora,<sup>1</sup> para quien la pasión por la memoria entraña el desvanecimiento del sentimiento histórico. La idea es que en el testimonio la memoria se individualiza y se desvanecen las conexiones que vinculan al individuo con su entorno nacional. Aquí, en los testimonios que presentamos, ocurre algo muy diferente. De súbito, la vida de la gente queda atrapada en una dinámica social de la que no se puede escapar. Lo social no es, pues, un trasfondo lejano, decorativo; está en el centro mismo del destino de las personas. Entonces, cada caso, cada testimonio, puede leerse como una ilustración de hechos sociales. La violación, la tortura, la muerte, la crueldad, la lucha por la vida y por la dignidad; en cada uno de estos hechos se entretejen siglos de historia. En realidad, lo que los testimonios muestran es el dominio del pasado sobre el presente. Entonces, resulta que el trasfondo colonial de nuestra historia (normalmente) oculto por las ideologías de la democracia y el mestizaje queda brutal-

1 Citado por Jesús Martín Barbero y G. Rey en *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, Ed. Gedisa, Barcelona 1999, pp. 24-25.

mente al desnudo. No obstante, la misma pluralidad de testimonios hace manifiesta la necesidad del historiador. Paul Ricoeur coloca la relación entre memoria e historia en los siguientes términos: «A la memoria le corresponde el privilegio, por el recuerdo, de reconocer el acontecimiento singular; a la historia, en su búsqueda de conocimiento, le toca poner a distancia crítica memorias y recuerdos para dar, en la novela familiar de las naciones, el justo lugar a los sufrimientos de todas las comunidades heridas. La historia es para el presente un ejercicio de equidad». <sup>2</sup>

#### IV

No hace mucho tiempo en una reflexión sobre lo autobiográfico en el Perú, Daniel del Castillo llamaba la atención sobre la relativa ausencia de intimidad en la narrativa peruana. Este hecho nos habla de una sociedad avergonzada, en la que pocos se atreven a expresarse con honesta ingenuidad. Es probable que el trasfondo del problema tenga que ver con que mientras que el «aspecto» público de las identidades está dominado por el lenguaje «oficial», liberal y democrático, donde todos somos peruanos, mestizos, ciudadanos, iguales; el «aspecto» privado se construye sobre la base de categorías «étnicas» (blanco, cholo, indio, negro), en todo caso sobre la base de las prácticas de jerarquía y exogamia. De hecho, el pudor no ha hecho más que encubrir la realidad de discriminación y desigualdad.

Pero en el Perú de hoy la observación de del Castillo ha perdido validez. El retroceso de la vergüenza es el avance de la igualdad. El tabú está roto. Todos podemos (comenzar a) hablar de lo que nos pasa. Así podemos estar más cerca. Ser una nación. En este sentido, los testimonios que presentamos son un aporte sustantivo. También es muy importante señalar que la desvergüenza que fundamenta el testimonio se encuentra más entre los de abajo que entre los de arriba.<sup>3</sup>

Gonzalo Portocarrero

<sup>2</sup> Ver el artículo de Eric Vigne «Penser l'Histoire» en *Magazine littéraire*, Septembre, 2000. Número dedicado a Paul Ricoeur.

<sup>3</sup> Para una evaluación de la literatura testimonial en el Perú ver el libro de Francesca Denegri *Soy señora. Testimonio de Irene Jara*, IEP, Flora Tristán, El Santo Oficio, 2000, pp. 324.